

ÉTICA Y ANIMALES: PASADO, PRESENTE Y ESPERANZA

Marta Tafalla
Departamento de Filosofía
Universidad Autónoma de Barcelona

Excelentísimo Presidente,
Muy Ilustres Académicos,

Quiero comenzar este texto agradeciendo a la *Acadèmia de Ciències Veterinàries de Catalunya* la generosidad de acogerme como Académica Correspondiente, algo que para mí representa un gran honor. Es, desde luego, un honor completamente inmerecido, pero lo acepto como un regalo que me produce una inmensa alegría, por lo que esta institución representa y porque reúne a muchos académicos que admiro. Quiero agradecer especialmente a Josep Llupià, Jaume Camps, Maria dels Àngels Calvo y Martí Pumarola que me abrieran las puertas de esta institución para un primer encuentro hace ya más de un año, y a Jaume Camps que me propusiera como Académica Correspondiente. Tengo que decir que me sorprendió la propuesta, dado que mi formación no es en absoluto científica. Ciertamente es que uno de mis temas de investigación, y una de mis pasiones personales, consiste en explorar la relación entre los seres humanos y las otras especies animales, pero mi formación y mis métodos de trabajo son tan distintos a los de las ciencias veterinarias, que el gesto de la Academia me parece de una gran amplitud de miras y generosidad, y se lo agradezco de forma sincera.

Por otra parte, también debo confesar que me preocupó, pues sé que mis posiciones filosóficas respecto de los derechos de los animales no son compartidas por muchos miembros de la profesión veterinaria, a los que les podría parecer fuera de lugar acoger en esta institución a una persona con mi perfil. Soy consciente de que más de uno se habrá preguntado a qué viene ahora meterse un problema en casa, y les aseguro que les comprendo perfectamente, entre otras razones, porque los filósofos estamos acostumbrados a ser un problema allá donde vamos. Desde que Sócrates comenzó a hacer preguntas incómodas a sus conciudadanos hará unos 2.500 años, los filósofos hemos sido, básicamente, un incordio, del tipo de un mosquito tigre en una noche de verano, como a menudo me recuerda amablemente mi familia, que hace ya mucho que perdió la paciencia conmigo.

En las páginas que siguen, y continuando con esta función incordiante de mosquito tigre de la filosofía, voy a plantear algunas preguntas acerca de nuestra relación con los otros animales. Estoy segura de que ustedes también se las han planteado, y de que las inquietudes que motivan mi texto son sus inquietudes. Aunque

nuestra formación sea distinta, y lo sean también nuestras formas de trabajo, y probablemente nuestras cosmovisiones y creencias fundamentales, sé que compartiremos la preocupación por las cuestiones que planteo. Y creo, sobre todo, que para poder resolverlas necesitamos la cooperación entre todos, un trabajo multidisciplinar que reúna a veterinarios, biólogos, juristas, filósofos, filólogos, antropólogos, psicólogos y a representantes de muchas otras disciplinas y de los movimientos sociales en una colaboración imprescindible.

Mi texto se articula alrededor de una idea: los seres humanos hemos conocido, hasta ahora, dos grandes formas de relación con los otros animales. La primera fue la de nuestros antepasados cazadores-recolectores, y la segunda es la actual, basada en el dominio, la domesticación y la propiedad de la naturaleza. Me gustaría analizar brevemente los rasgos éticos de la relación con los animales en ambos casos, y plantear la pregunta de si podríamos encontrar un modelo mejor. Así pues, voy a dividir este texto en tres partes. La primera será una breve reflexión sobre la relación de los cazadores-recolectores con los otros animales. La segunda será un análisis sobre nuestra relación con los animales. La tercera, será un ejercicio de esperanza.

1

La mayoría de nosotros estamos tan inmersos en nuestra forma de vida, y nos parece tan normal, que nos cuesta recordar que, durante la mayor parte de la historia de la humanidad, nuestros antepasados vivieron de una forma radicalmente diferente. Según las estimaciones científicas, la Eva mitocondrial, la abuela de la que desciende toda la población actual, debió vivir hace unos 200.000 años en algún lugar de África oriental. Desde la existencia de esos primeros seres humanos, y hasta el inicio del neolítico hará unos 10.000 años, es decir, durante unos 190.000, los humanos vivieron en pequeños grupos nómadas, alimentándose gracias a la caza y la recolección. Durante esos cientos de miles de años, los humanos se comportaron, en gran medida, como el resto de especies de animales con quienes compartían los ecosistemas. Como los lobos, cazaban animales. Igual que los carroñeros, se alimentaban cuando podían de los restos abandonados por otros depredadores. Como los herbívoros, recolectaban todo tipo de plantas, comían frutas, semillas y raíces. Y así como muchas aves acuáticas, buscaban peces y marisco en la orilla del mar. Tampoco desaprovechaban hormigas o saltamontes. Nuestros antepasados, sencillamente, tomaban lo que encontraban, como lo hacen el resto de los animales.

No quiero afirmar con esto que nuestros antepasados no fueran inteligentes. Sabemos que lo eran. Ya desde *Homo Habilis* y *Homo Erectus* su inteligencia se venía desarrollando en gran medida y acabó desembocando en lo que llamamos una *mente simbólica*, es decir, que tenían la capacidad de comunicarse con un lenguaje conceptual, de poner nombre a las cosas que les rodeaban, y también de inventar ideas y símbolos.

Nuestros antepasados Homo Sapiens cazadores-recolectores eran nuestros congéneres, y su inteligencia, especialmente desde hace unos 70.000 años, muy similar a la nuestra. Creaban arte, construían herramientas para cazar y cortar la carne, tenían ideas religiosas, enterraban a sus muertos, hacían reflexiones morales, narraban historias, y probablemente se planteaban ya algunas preguntas filosóficas. Ponían nombre a las especies de animales que cazaban y a las plantas que recolectaban, memorizaban el comportamiento de los animales, exploraban las propiedades de las plantas, se daban cuenta de que algunas hierbas les curaban el dolor y comenzaban a hacerse calendarios de los ciclos solar y lunar. Incluso, desde Homo Erectus, cocinaban su comida.¹ Pero en su forma de vida compartían elementos fundamentales con los otros animales: se alimentaban con lo que la naturaleza les ofrecía. Hay que añadir, es verdad, que además de alimentarse, nuestros antepasados necesitaban otras cosas que los animales no parecen necesitar: vestirse, pigmentos para decorarse la piel y dibujar en las paredes de la cuevas, conchas para hacerse collares, huesos para fabricar flautas, flores para llevar a sus muertos, piedras para hacer cuchillos y lanzas, pieles con las que fabricar bolsas donde guardar sus pertenencias... Pero todo eso que necesitaban lo tomaban de aquello que la naturaleza les ofrecía, como el resto de los animales.

Estas culturas de cazadores-recolectores, por lo que sabemos, por lo que se ha estudiado de culturas similares que han logrado sobrevivir al avance de nuestra sociedad, no tenían una noción de propiedad sobre la tierra, las plantas ni los animales. Tomaban lo que necesitaban, pero no creían que esos animales que cazaban o ese valle donde acampaban unas semanas fueran “suyos”. Más bien se sentían como miembros de un todo, como parte de la naturaleza, en una relación normalmente teñida por sentimientos religiosos de pertenencia. Jamás se les hubiera ocurrido emitir certificados de propiedad respecto de un río, un bosque, un conejo, ni mucho menos patentar una raza de conejos o una variedad de manzanas. No habrían entendido el concepto. Cuando los colonos europeos llegaron a América del Norte, los cazadores-recolectores que allí vivían desde hacía siglos no pudieron demostrarles que sus tierras fueran suyas, porque ni tenían documentos que lo atestiguaran, ni tampoco las cultivaban. Los colonos diezmaron sus poblaciones y los expulsaron de sus tierras, mientras las nuevas instituciones autoimpuestas por la fuerza no tardaron en emitir certificados de propiedad a los inmigrantes que se instalaban por primera vez, y que cultivaban sus tierras para demostrar que eran suyas. Es un drama que se ha repetido cada vez que una cultura de cazadores-recolectores ha tenido la desgracia de ser invadida por nuestra cultura.

No quiero decir con todo esto que nuestros antepasados cazadores-recolectores fueran ángeles, ni repetir aquí el mito del buen salvaje de Rousseau, hoy muy discutido. Por lo que sabemos, esos humanos sufrían vidas duras y difíciles; debían protegerse

¹ Richard Wrangham (2009). *Catching Fire. How Cooking Made Us Human*. London: Profile Books.

continuamente de diversos peligros, era fácil morir de una herida infectada, y un déficit visual que hoy en día corregimos con unas gafas podía significar una dependencia absoluta de los demás para sobrevivir. Tenía que ser una vida terrible, y yo no desearía para nada experimentarla, aunque me fascine leer las novelas en que Jean M. Auel intenta reconstruir la forma de vida de nuestros antepasados.² También sabemos que podían ser muy violentos. Mientras que dentro del grupo solían reinar relaciones de cooperación, y los miembros compartían entre ellos la comida y el cuidado de los hijos y los enfermos, en cambio, respecto de otros grupos, podían ser brutalmente crueles. Nuestros antepasados, que desde luego no eran pacifistas, tenían guerras entre ellos, como también las tienen los chimpancés. De hecho, resulta interesante constatar las similitudes entre la violencia humana y la de nuestros primos, y algunos estudios recientes están defendiendo que las tasas de mortalidad por asesinato son muy similares entre humanos cazadores-recolectores y chimpancés.³

A pesar de ello, creo que nuestros antepasados tenían aspectos positivos en su forma de vida. Al alimentarse gracias a la caza y la recolección, no le pedían a la naturaleza más de lo que ésta puede dar, y por tanto, su forma de vida era bastante sostenible. Es cierto que actualmente se está estudiando que nuestros antepasados ya extinguieron algunas especies animales, especialmente carnívoros con los que competían en la caza, y quizás, incluso, contribuyeron a la extinción de nuestros primos, los Neandertales. También parece cada vez más claro que modificaban los paisajes en los que vivían. Sin embargo, el daño que podían causar estaba muy limitado por el propio número de humanos. Nuestros antepasados se reproducían de manera prudente, y fueron siempre una población reducida. Durante esos 190.000 años en que los Homo Sapiens fueron cazadores-recolectores, solo eran otra especie más de homínido con unos cuantos miles de ejemplares. Incluso, según algunos estudios científicos, hace entre 100.000 y 75.000 años, sufrieron una drástica reducción de la población, cuyas causas no están claras, pero que los dejó al borde de la extinción. Apenas quedaron entre 5.000 y 10.000 ejemplares de Homo Sapiens, reunidos casi todos en la parte más meridional de África, en las cuevas de la costa, alimentándose de tubérculos y marisco. (Por cierto que, en esas cuevas, hemos hallado un tesoro muy especial. En la cueva de Blombos, hace unos 70.000 años, algunos antepasados nuestros decoraron piezas de ocre con motivos geométricos: son las obras de arte más antiguas que conocemos.)

Así pues, nuestros antepasados, difícilmente habrían provocado guerras mundiales con millones de víctimas, extinguido miles de especies de animales y plantas, contaminado el planeta o provocado un cambio climático. No podían causar males de

² Jean M. Auel (1980). *The Clan of the Cave Bear*. London: Hachette.

³ Richard Wrangham (1997). *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*. New York: Houghton Mifflin.
Steven Pinker (2011). *The Better Angels of Our Nature. A History of Violence and Humanity*. London: Penguin Books.

tal magnitud, porque su forma de vida estaba integrada en la naturaleza, y dependía de los ciclos naturales. Aunque eran extraordinariamente inteligentes, continuaban comportándose en gran medida como un animal más, que se alimentaba aceptando aquello que la naturaleza le ofrecía.

¿Cómo era su relación con los animales? Nuestros antepasados, omnívoros, tenían una dieta que combinaba vegetales con la proteína animal que pudieran conseguir. Por tanto, cuando tenían ocasión, mataban para comer. En este sentido, no debían tener problemas morales en matar a un animal. Y aunque parece que ciertas culturas se regían por algunas normas, como no matar hembras preñadas, o incluso pedir perdón al animal cazado, por otra parte, no parece que fueran muy sensibles al dolor de los animales. En caso de necesidad podían, incluso, comerse a sus perros, algo que para nosotros se acerca peligrosamente al canibalismo. Y sí, el canibalismo también se daba, aunque fuera de manera excepcional.

Pero cuando nuestros antepasados cazaban para comer, en esa actividad había un elemento clave: ellos se arriesgaban a su vez a morir cazados. Estaban al mismo nivel que los otros animales. No cazaban desde un helicóptero, con armas de última generación, para pasar un fin de semana emocionante, sino que salían a cazar para alimentarse y se arriesgaban a ser devorados, o a despeñarse por el acantilado por el que intentaban que cayeran las cabras salvajes. Y si quedaban heridos, o perdían una pierna, no había atención médica ni subsidio de desempleo. Arriesgaban sus vidas en un mundo tan difícil que nosotros apenas podemos imaginarlo. Mataban, pero sabiendo que también ellos podían morir devorados. No es un mundo ideal al que yo quisiera regresar, pero el mal que causaban a los animales se enmarcaba en una lucha constante y durísima por la supervivencia. Por lo que sabemos, los cazadores-recolectores mataban animales para satisfacer necesidades básicas que no sabían satisfacer de otro modo, y seguramente también por razones religiosas, pero en cambio, nuestra sociedad ha inventado decenas de razones frívolas y superficiales por las que maltratar y matar animales, y las personas lo hacen sin asumir ningún riesgo para ellas.

¿Qué había de admirable y qué de reprochable en su relación con los animales? ¿Qué podemos aprender todavía de ellos? Creo que, a pesar de los términos peyorativos con que a menudo intentamos distinguirnos de nuestros abuelos, llamándolos “primitivos” o “salvajes”, tendríamos que ser capaces de volver la vista atrás y analizar de manera crítica cuáles fueron sus aciertos y cuáles sus errores.

2

Hará unos 10.000 años, todo cambió. Nuestra existencia como un miembro más de la gran familia de la naturaleza llegó a su fin y nos expulsamos a nosotros mismos del paraíso. El pecado original fue, por supuesto, la domesticación. Hubo un momento en que ya no tuvimos suficiente con lo que la naturaleza nos ofrecía, sino que

comenzamos a intentar gestionar la producción de alimentos. Eso es lo que quería Eva y por eso mordió la manzana: conocer, controlar, decidir, dominar. Con la domesticación, tálamos bosques y sembramos las plantas que nosotros queríamos. Instalamos cercados y criamos en ellos a los animales. Del nomadismo pasamos a ser sedentarios, guardianes de la tierra cultivada. Así surgió la noción de propiedad de la tierra, y dejamos de sentirnos como un miembro más de la naturaleza. De esa manera, las religiones animistas ya no tuvieron sentido, y comenzaron a surgir religiones trascendentes, donde los dioses, o el dios único, ya no habitan en este mundo, sino en otro. La naturaleza, desprovista de fuerza religiosa, podía ser sometida y explotada; dejó de ser nuestra madre y nuestro hogar, para ser la materia prima que gestionamos. Fue entonces cuando comenzó a surgir un tipo de observación de la naturaleza, un espíritu de experimentación, una búsqueda de conocimiento, que con el paso de los siglos daría lugar a la ciencia. Y comenzamos también a practicar selección artificial y modificar las especies de plantas y animales para obtener más provecho de ellas. (Si me permiten el inciso, siempre me ha asombrado que desde hace tanto tiempo la humanidad estuviera usando la selección artificial para producir vacas que dieran más leche, perros más pequeños, o manzanas más grandes, y en cambio, cuando Darwin defendió la evolución de las especies, hubiera tanta gente que no le creyera. Es esa típica ceguera nuestra.)

Si leemos atentamente el *Génesis*, veremos que es un maravilloso relato del paso de la caza y la recolección a la domesticación de la naturaleza. Dios ha ofrecido a Adán y Eva un jardín donde pueden tomar lo que deseen, pero Eva ansía el conocimiento, y a cambio, es expulsada de la armonía con la naturaleza. Luego su hijo Caín, el agricultor, mata a su hermano Abel, todavía nómada, y esa tragedia familiar plasma el trauma que debió suponer para aquellas sociedades un cambio tan radical de forma de vida.

Desde que los humanos comenzamos a domesticar, nuestra relación con la naturaleza en general, con los otros animales y con nosotros mismos, se transformó completamente. Nuestra sociedad actual es el producto de 10.000 años de domesticación y dominio de la naturaleza. En nuestra época, es de “sentido común” que la naturaleza es de nuestra propiedad. La gestionamos como nos place, plantamos lo que queremos donde queremos, trasladamos especies de un lugar a otro, cazamos los lobos que atacan a nuestros rebaños, movemos el curso de los ríos, perforamos montañas. Todo se hace según nuestra voluntad, que es la única ley. Cualquier animal que se reproduzca “demasiado” nos parece una plaga y nos apresuramos a organizar batidas, mientras nosotros nos hemos reproducido hasta sobrepasar los 7.000 millones de personas y hemos quebrado los equilibrios de todos los ecosistemas. Vendemos y compramos todo tipo de animales, e incluso patentamos variedades de plantas y animales que nosotros inventamos. Algunas empresas exigen que cada vez que un campesino utiliza cierta variedad de arroz, trigo o soja, debe pagar por la patente, como

denuncian Vandana Shiva y otros activistas por la soberanía alimentaria.⁴ La propiedad, pues, no se limita ya a los ejemplares concretos, esa o aquella manzana, ese o aquel manzano, sino que se aplica también a tipos, a esa clase de manzanas. También hay empresas que inventan variedades de ratones diabéticos o con cáncer, las patentan, y comercian con ellas.

Al mismo tiempo, estamos convencidos de que nosotros no somos un animal como los demás. De hecho, mucha gente cree que no son animales, y se ofende profundamente si se le recuerda que es un primate. “Simio” se usa como insulto, cuando en realidad es lo que somos. El precioso libro de Jared Diamond *The Third Chimpanzee* fue un intento de recordarnos que somos eso, un tipo de primate.⁵ Debería ser una verdad de perogrullo, pero es de esas verdades que la gente prefiere no recordar. Siempre me llama la atención que la mayoría de las personas identifican la filosofía con aquellas viejas preguntas de “¿de dónde venimos?” y “¿a dónde vamos?”, pero ya hace mucho tiempo que tenemos respuesta para la primera de esas preguntas. De dónde venimos lo descubrió Darwin, uno de los principales científicos de la historia y probablemente el mejor filósofo del siglo XIX, y sin embargo demasiada gente sigue viviendo como si Darwin nunca hubiera existido. La mayoría de las personas en nuestra sociedad, también aquí, en Barcelona, en una ciudad culta y educada, siguen sin entender las consecuencias de la evolución. No quieren saber de dónde vienen. Respecto de la pregunta “¿a dónde vamos?”, yo creo que si seguimos por este camino, vamos directos al mismo sitio al que fueron a parar los personajes de *Moby Dick*, esa magnífica novela de Melville, contemporáneo de Darwin. La obsesión del capitán Ahab era cazar la gran ballena blanca, y lo único que logró fue el naufragio.⁶

¿Cómo es nuestra relación con los otros animales? En primer lugar, la mayoría de las personas ya no se siente parte de la naturaleza, sino que creen estar por encima, y creen que son mejores que el resto de especies animales. Más inteligentes, más poderosos, más perfectos, la cumbre de la creación. Se habla del abismo que nos separa de las bestias. De que somos un ser singular, el único poseedor de lenguaje y razón, capaz de crear arte y hacer ciencia. Muchas personas, incluso, creen que poseen un alma inmortal que, por supuesto, los otros animales no tienen. Creen que su verdadero hogar no es el planeta Tierra, sino otro mundo al que irán después de morir, y en el que, por lo visto, no habrá animales ni plantas.

⁴ Vandana Shiva (1999). *Stolen Harvest: The Hijacking of the Global Food Supply*. South End Press.

⁵ Jared Diamond (1992). *The Third Chimpanzee: The Evolution and Future of the Human Animal*. New York: Harper Collins.

⁶ Marta Tafalla (2007). "Darwin, Melville y el lugar del ser humano en la naturaleza". En: Asunción Herrera (ed.). *De animales y hombres*. Madrid: Biblioteca Nueva y Universidad de Oviedo, pp 131-153.

Si, está claro que nuestra inteligencia nos diferencia de los animales. Pero la cuestión es, ¿qué podemos hacer con esa diferencia? Si somos más inteligentes, podríamos aplicar esa capacidad a vivir bien, y a ayudar a los animales a vivir mejor. Sin embargo, lo que solemos hacer es algo distinto.

Para nuestra sociedad, la inteligencia humana se ha convertido en la justificación de que podemos apropiarnos de los otros animales y usarlos como objetos para todo lo que nos plazca. Podemos criar animales para consumo en las peores condiciones, podemos torturar toros como si fuera una fiesta, cazar osos por diversión, organizar peleas de gallos, encerrar elefantes en zoos, echar a los cangrejos vivos en el agua hirviendo, enfermar a patos para producir foie, darle una paliza a un gato callejero, llevar abrigos de piel... por la sencilla razón de que nosotros somos inteligentes y ellos no. Pero cuando hacemos eso, le hacemos un flaco favor a la inteligencia. La convertimos en una razón para la crueldad. Si el más inteligente tiene por ello el derecho de torturar y matar al menos inteligente, entonces, ¿para qué sirve la inteligencia? ¿Solo para hacer daño y justificarlo? Si así es, la inteligencia solo es un arma, como lo son tantas armas, del machete a la bomba nuclear, que hemos inventado. Y si aceptamos ese argumento, entonces, ¿también debemos aplicarlo entre nosotros, de manera que el ser humano más inteligente pueda maltratar a los que lo son menos? De hecho, si exploramos esa idea, descubriremos que así justificaba Aristóteles la esclavitud, y que así se han justificado tradicionalmente la esclavitud y el racismo. La idea de que personas de otras razas eran menos inteligentes (lo que, por supuesto, era falso) se convertía en un argumento que justificaba que se les usara como esclavos o se les impidiera estudiar. El argumento de que la mayor inteligencia justifica el maltrato de quien tiene menos, es un argumento manchado de sangre, que ha apoyado regímenes esclavistas y racistas brutales. Una sociedad que se encamine hacia formas de convivencia más justas debería liberarse de él.

Por otro lado, la creencia según la cual los otros animales son muy poco o nada inteligentes en comparación con nosotros, ha frenado hasta hace escasas décadas los estudios sobre inteligencia animal. Cuando en la segunda mitad del siglo XX se comenzó a estudiar por primera vez de forma científica el comportamiento animal, con pioneros de la etología como Konrad Lorenz, Karl von Frisch o Niko Tinbergen, o con los estudios sobre primates de Jane Goodall, Dian Fossey y Biruté Galdikas, (los libros de todos ellos fueron mis lecturas predilectas durante la adolescencia) se abrió la puerta a descubrir que el reino animal contiene diversas especies de una gran inteligencia. Hoy en día, los descubrimientos son apabullantes, y mantenerse al tanto de los continuos avances es cada vez más difícil.⁷ (De todas maneras, tampoco quiero dejar de mencionar

⁷ Solo como ejemplos, merece la pena leer: Brian Hare & Vanessa Woods (2013). *The Genius of Dogs*. London: Oneworld.

que algunos de esos estudios que nos revelan las capacidades cognitivas de los animales, o sus capacidades emocionales, o incluso el hecho de que sienten empatía hacia sus congéneres, se han realizado con experimentos no muy amables con los animales. Ahí tenemos una discusión profunda que conozco por algunos representantes del Proyecto Gran Simio, y sobre la que escribí un texto breve hará poco más de un año.⁸⁾

¿Cómo nos relacionamos con los animales? Básicamente, consideramos que los animales son de nuestra propiedad y que tenemos derecho a usarlos para obtener de ellos lo que se nos antoje. Los animales domésticos, no solo son utilizados como meras herramientas, sino muy a menudo maltratados de forma sistemática. Sin embargo, estamos tan acostumbrados a que esto es así, y a escuchar que esto debe ser así, y se nos inculca de tal modo desde la infancia que el mundo es así, que la mayoría de la gente lo acepta como en otras épocas se aceptaba la esclavitud de las personas. Cualquier crítica al sistema se ve como una extravagancia, una radicalidad absurda, una locura. Pero cuando la esclavitud humana era una institución arropada por la tradición y la moral de la época, también se veía como una extravagancia peligrosa reivindicar la abolición. Se decía que sin esclavos la economía se derrumbaría. ¿Quién iba a hacer el trabajo si se liberaba a los esclavos? Cuando leemos textos del siglo XVIII o XIX, tan cercanos, nos horroriza la naturalidad con la que se aceptaba la esclavitud. La magnífica película *Amazing Grace*, dirigida por Michael Apted en 2007, reconstruye con lucidez esa aceptación general de la esclavitud en el siglo XIX, y lo difícil que fue quebrarla y convencer a la sociedad de que se trataba de una injusticia brutal.⁹ Hoy en día, nuestra sociedad se ha liberado del mal de la esclavitud humana, está superando el racismo y el sexismo poco a poco, pero todavía comete injusticias terribles. Guerras, guerrillas y grupos terroristas siguen ejemplificando nuestra naturaleza violenta, y de paso alimentando el poderoso negocio de la producción de armamento, tan integrado en nuestras instituciones que incluso nuestro Ministro de Defensa, Pedro Morenés, proviene de la industria armamentística. La violencia contra las mujeres sitúa el asesinato por parte de un varón de la familia como una de las principales causas de muerte de las mujeres en todo el mundo. Muchas personas trabajan en algunos países por salarios miserables para producir los objetos *low cost* que nosotros compramos.

Diana Reiss (2011). *The Dolphin in the Mirror. Exploring Dolphin Minds and Saving Dolphin Lives*. New York: Houghton Mifflin Harcourt.

Antonio Damasio (2010). *Self Comes to Mind. Constructing the Conscious Brain*. London: Vintage Books.

Frans de Waal (2009). *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*. London: Souvenir Press.

Paola Cavalieri & Peter Singer (1995). *The Great Ape Project*. London: St Martin's Press.

⁸ Marta Tafalla (2012). "¿Son algunos mamíferos sujetos proto-morales? Tres observaciones y una paradoja". En: *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, num 9, pp 53-63. <<http://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/140/160>>

⁹ <<http://www.amazinggracemovie.com/>>

Nuestra sociedad es aun muy injusta con nosotros mismos. Pero es todavía mucho más injusta con los otros animales, a los que se maltrata de forma sistemática, y lo que aun es peor, bajo la convicción general de que tenemos el derecho de hacerlo.

Cada día, la mayoría de personas, en una sociedad como la nuestra, un país como el nuestro, consume una gran cantidad de animales. Gran parte de los alimentos que se venden en los supermercados llevan ingredientes de origen animal. No solo la carne procede de animales, criados normalmente de manera industrial para conseguir los máximos beneficios con el menor coste posible, sino que muchos otros productos llevan también leche o huevos. Como los veganos saben bien, hay huevo en todas partes, desde la pasta a casi cualquier tipo de dulce. Del mismo modo, encontrar una sopa de verduras, una salsa, un helado, galletas o chocolate que no lleven leche es toda una aventura. Además, por supuesto, hay todo tipo de pescado, y también marisco, que a menudo se vende y se cocina todavía vivo.

La presencia generalizada de productos de origen animal a bajo precio en los supermercados lleva al consumidor medio a comer mucha más carne y productos de origen animal de los que en realidad necesita. Nadie necesita desayunar jamón y un vaso de leche, comer un bistec de ternera y huevo frito, merendar fuet, y cenar salmón. Para generar toda esa gran cantidad de productos de origen animal, y hacerlo a un precio asequible para el consumidor y que ofrezca ganancias al supermercado, a los proveedores y al productor, hay que criar grandes cantidades de animales en pésimas condiciones de espacio, higiene y atención veterinaria, y sacrificarlos en el matadero a toda velocidad sin la menor consideración al terror que sufren y al dolor que sienten. Lo que voy a decir ahora les parecerá, quizás, una exageración, pero yo no creo que debamos tolerar la cría industrial de animales. Me parece completamente inmoral. No puedo aceptar como moral nada que no sea la cría ecológica.

No como carne desde 1997, intento consumir cada vez menos productos de origen animal, y admiro profundamente a mis amigos veganos, aunque todavía esté lejos de ese ideal. Sin embargo, entiendo que el vegetarianismo o el veganismo no se pueden exigir, pues son el resultado de un proceso personal de reflexión ética y empatía. Así pues, sé que la mayoría de la gente va a seguir comiendo carne. Pero estoy convencida de que la cría industrial de animales es inmoral, por cómo sustrae a los animales su libertad, su posibilidad de vivir sus vidas de acuerdo a su naturaleza, y también por cómo trata a los consumidores, pues las personas que tomen regularmente un exceso de carne de producción industrial corren el riesgo de acabar sufriendo las consecuencias en su salud. Me parece que algunos documentales, como el alemán *El pan nuestro de cada día* lo muestran bien.¹⁰ Hace unos años, fueron sobre todo los animalistas los que llamaron la atención sobre la necesidad de repensar la alimentación.

¹⁰ <<http://www.unsertaeglichbrot.at/jart/projects/utb/website.jart>>

Hoy lo hacen los ecologistas, los defensores del decrecimiento, los activistas que defienden la soberanía alimentaria frente a las grandes multinacionales de la alimentación, y muchos pensadores y grupos críticos con nuestra forma de vida.

Quiero llamar la atención sobre un aspecto: como los veterinarios saben bien, los mamíferos, especialmente animales como cerdos, vacas, cabras, ovejas o caballos, son animales inteligentes y sensibles, afables, que agradecen las muestras de cariño y disfrutan jugando, y no resultan muy diferentes de los perros y gatos que tenemos como animales de compañía. Mi madre y sus hermanos se criaron en una granja tradicional de vacas lecheras que mi familia todavía regenta en un pueblo de Lugo, y unos de mis mejores amigos tuvieron durante años una granja ecológica, también de vacas lecheras, en Asturias; gracias a unos y a otros he coleccionado experiencias e historias que me hacen completamente imposible de soportar la idea de maltratar a esos animales. Cerdos, vacas, cabras, son animales empáticos, capaces de tener relaciones de amistad, de afecto, entre ellos y con nosotros. También animales que sienten miedo y estrés cuando se les maltrata, y pena cuando se les separa de los suyos. Criarlos en condiciones industriales, sometiéndoles a una vida de encierro, de privación, de miedo, impidiéndoles realizar sus propias vidas, para producir un exceso de carne barata que nadie necesita, es algo profundamente inmoral. Es un dispendio de vida.

Inmorales son también muchos otros negocios basados en la explotación de los animales. Nadie necesita un abrigo de piel, pero millones de visones, martas, zorros y otros animales viven vidas miserables y mueren por ello. Podemos fabricar calzado sintético, pero la mayoría de los zapatos, botas y bambas a la venta son de piel animal, y lo mismo sucede con bolsos, carteras y muchos otros productos. Nadie necesita pasar una tarde en un circo viendo animales disfrazados haciendo piruetas, pero muchos animales salvajes son raptados de su medio, de sus familias, y obligados a vivir una vida artificial que va contra todos sus instintos, que les impide realizar sus conductas básicas. Leones, elefantes o chimpancés son animales bellos e inteligentes que deberían vivir libres en sus ecosistemas, no padecer encerrados en jaulas diminutas para entretener a un público que podría pasar la tarde viendo un partido de fútbol o asistiendo al teatro.

Demasiados animales salvajes llevan también vidas miserables en los zoos, instituciones inmorales que en pleno siglo XXI ya no tienen justificación. Ningún animal salvaje se merece vivir en un espacio reducido y artificial, exhibido para que la gente pueda verlo y sus propietarios hacer negocio. Sé perfectamente que los parques zoológicos nos venden la idea de que tienen una función educativa, y por eso muchas familias llevan a sus hijos, y las escuelas planean cada año su excursión al zoo, pero encerrar animales salvajes solo transmite una única idea: que los animales son nuestros y que podemos hacer con ellos lo que queramos. Es verdad que los zoos educan, pero

educan en la visión de los animales como propiedad. Así es como los niños aprenden desde pequeños que es legítimo encerrar animales, que son nuestros.

Ya sé que los zoos también afirman poseer otra función fundamental: proteger a animales en peligro de extinción; pero la función conservacionista de los zoos no es más que una mentira muy bien publicitada. La única forma de proteger a animales en peligro de extinción es protegerlos dentro de su ecosistema, porque esos animales, si se los extrae de su medio, de las complejas relaciones que mantienen con las otras especies de flora y fauna con las que conviven, y se les obliga a vivir en un espacio artificial, ya no pueden realizar muchos de sus comportamientos naturales; y si se reproducen en cautividad, ya no habrá modo de reintroducirlos nunca más. Los zoos son inmorales, y más aún porque han desarrollado la estrategia de disfrazar de preocupación por los animales, compromiso ecologista y función educativa lo que tan solo es un negocio cruel y deprimente. Los zoos son un entretenimiento como los circos, donde se exhiben animales exóticos y variopintos para que las familias pasen la tarde diciendo “Anda, qué bonito”, se hagan unas fotos, y se coman un helado.¹¹

Los zoos se basan, sobre todo, en la idea de que los animales son nuestros y podemos hacer con ellos lo que a nosotros nos plazca. Hay gente que encierra canarios o periquitos en una jaula diminuta y los tiene allí toda la vida sin permitirles volar. Quien hace eso, está privando a ese pájaro de realizarse como tal, de llevar a la realidad sus potencialidades naturales, y lo está haciendo porque cree que es de su propiedad y puede hacer lo que quiera con él. Lo más terrible, es que las personas que tienen pájaros enjaulados en casa, acostumbran a decir que les encantan los animales. Les gusta tenerlos, porque son bonitos y hacen compañía. Lo que esas personas demuestran con su conducta es que los humanos somos seres caprichosos y posesivos. Cuando algo nos gusta, ha de ser nuestro. Creemos que si un pájaro nos gusta, tiene que estar encerrado toda su vida para que nosotros podamos escucharlo cantar cuando nos apetezca. Creemos que si nos gustan los tigres, tenemos derecho a comprar uno a través del mercado negro y encerrarlo en una jaula en el jardín. El Seprona no para de decomisar animales salvajes en manos privadas, y si no decomisan más, es porque una vez incautados no tienen a dónde llevarlos. Muchos otros propietarios acaban abandonando en algún parque a esa tortuga que se hizo demasiado grande o a esa cotorra que resulta demasiado pesada.

Dado lo que muchas personas entienden por “me gustan los animales”, estoy segura de que los animales preferirían no gustarnos. Por eso las asociaciones protectoras de animales insisten en que no se trata de amar a los animales o de que nos gusten. Se trata de respetarlos, de comprender que son seres sensibles, capaces de sentir dolor y

¹¹ Marta Tafalla (2013). "La apreciación estética de los animales. Consideraciones estéticas y éticas". En: *Revista de Bioética y Derecho*, Universitat de Barcelona, num 28, <http://www.ub.edu/fildt/revista/rbyd28_animal.htm>

placer, y en muchos casos seres inteligentes, que merecen vivir sus vidas a su manera. No necesitan nuestro amor ni que nos gusten, solo necesitan nuestro respeto. No se trata de amor, se trata de justicia.

Esas mismas obsesiones de posesión y dominio explican las tantas fiestas crueles con animales que se celebran en todo el mundo y también aquí, en nuestro país. Torturar lentamente a un toro hasta matarlo, siguiendo las estrictas normas de tortura del *Reglamento Taurino*, es una legitimación institucional de la crueldad y la violencia. Disfrazarlo de arte no esconde sus orígenes en los espectáculos sangrientos y atroces del circo romano, que celebraban simbólicamente en la capital los crímenes de sus ejércitos en las tierras conquistadas. Igual de crueles son los *correbous* que tienen lugar en algunas zonas de Cataluña, aunque en ellos, en vez de un equipo de “torturadores profesionales”, haya una masa furibunda de jóvenes que no saben controlar sus hormonas, sus energías ni sus emociones, y que se arrastran unos a otros en una borrachera de violencia.

No creo que podamos justificar moralmente la crueldad con que tratamos a los animales en estos ni en muchos otros casos, que podríamos enumerar en una lista larguísima. Si somos tan inteligentes como nos enorgullecemos en afirmar continuamente, entonces podemos encontrar la manera de conseguir alimentarnos, vestirnos y divertirnos sin causar daño.

De todas las formas en que nuestra sociedad maltrata y mata animales, hay solo una que plantea un verdadero conflicto moral, es decir, solo una en que podría defenderse que ese maltrato de animales se realiza por una razón moralmente correcta. Me refiero, claro está, a la experimentación con animales que se realiza en medicina o veterinaria: el único caso en que el objetivo del uso del animal no solo no es banal, sino que todos entendemos que es positivo. Eso no quiere decir que los animales usados como herramientas de experimentación no sufran. Los animales con los que se experimenta en los laboratorios sufren en gran medida, pese a las mejoras que han supuesto las medidas de bienestar animal, porque muchas veces lo que se estudia con ellos es el dolor, diversos tipos de sufrimiento psicológico, el miedo, el estrés, o graves enfermedades, y por tanto, las medidas de bienestar animal palian muy poco un sufrimiento terrible. Sin embargo, los experimentadores pueden defender que ellos persiguen un fin noble: mejorar la salud de la humanidad y también de las otras especies animales. Así pues, como he defendido en otras ocasiones, creo que el caso de la experimentación médica es diferente y debe abordarse siempre a parte.

Antes de entrar en una breve reflexión sobre ello, quiero dejar claro que para mí, la ciencia, y en particular la medicina y la veterinaria, son algunos de los mejores logros de la humanidad. Creo firmemente que la ciencia, y en especial las ciencias de la salud y las ciencias biológicas, son una forma clara de progreso. Sirva como muestra de mi convicción, que una de las cosas de las que estoy más orgullosa, es de que una revista

norteamericana de biología me haya publicado recientemente un artículo en el que describo cuáles son las consecuencias de sufrir anosmia, una deficiencia congénita que padezco y que todavía está poco estudiada.¹² Asimismo, acudo al médico cuando lo necesito, y aunque afortunadamente no es muy a menudo, estoy agradecida a algunos médicos que en momentos importantes me supieron ayudar. También lo estoy a los veterinarios que han atendido a mis gatos. Explico todo esto para subrayar mis simpatías hacia la profesión médica y veterinaria, y hacia los científicos que intentan avanzar en el conocimiento de la salud. Creo, por tanto, que el tema de la experimentación médica con animales debe abordarse con especial cuidado, y así he intentado hacerlo las muchas veces que he discutido con experimentadores, y he podido comprobar que algunos de ellos son sensibles al conflicto moral de perseguir un bien causando un mal.

Dicho todo esto, querría comentar básicamente dos aspectos. El primero es que cuando se habla de experimentación con animales, todos pensamos inmediatamente en investigación para curar el sida, cuando en realidad, se realiza mucha experimentación con animales que no tiene ningún objetivo médico, e incluso a veces todo lo contrario. Buena parte de la experimentación que se realiza con animales es militar: el armamento que se fabrica para nuestras guerras, en uno de los negocios más importantes del mundo, se prueba con animales. No creo que eso pueda tener justificación moral. Y me parece que en los debates sobre experimentación habría que distinguir siempre claramente la investigación médica de otras investigaciones.

El segundo aspecto que quiero señalar tiene que ver con la concepción de la salud que tenemos en nuestra sociedad, y para ello voy a ofrecer algunos ejemplos.

Hoy en día sabemos con certeza que el tabaco es cancerígeno. Sin embargo, nuestra sociedad continúa tolerando la industria del tabaco, un notable porcentaje de la sociedad fuma, y el Estado ingresa gracias a ello una considerable cantidad en impuestos. Luego, causamos dolor a miles de animales estudiando los efectos del tabaco en la salud. Veo ahí algo profundamente injusto. Si el cáncer fruto del tabaco nos parece algo tan terrible que justifica que matemos animales para intentar curarlo, entonces también debería justificar que la gente dejara de fumar y que el Estado cerrara la industria del tabaco. Que una persona diga que hay que experimentar con animales para estudiar el cáncer producido por el tabaco, pero luego siga fumando, es de una inmoralidad y una hipocresía apabullante. El animal tiene que pagar con su vida por el noble fin de mejorar la salud, pero esa persona no es capaz de hacer el pequeño

¹² Marta Tafalla (2013). "A World Without The Olfactory Dimension". En: *The Anatomical Record. Advances in Integrative Anatomy and Evolutionary Biology*, official publication of the American Association of Anatomists, University of Utah School of Medicine. <<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/ar.22734/abstract>> (Por supuesto, no usé a ningún animal para escribir este texto. En él describo la anosmia basándome en mi experiencia y la de otras personas con el mismo problema, y comparándola con quienes poseen buen olfato).

sacrificio de renunciar al tabaco. Si esa persona cree que su salud no merece el esfuerzo de dejar de fumar, ¿por qué debería ningún animal morir por ella?

De igual modo, y como decía antes, algunas personas consumen carne cuatro veces al día, siete días a la semana. A consecuencia de ese exceso de proteína y grasa animal, de la falta de ejercicio, del alcohol, del tabaco, de ingerir una gran cantidad de refrescos azucarados, algunas de esas personas desarrollarán obesidad, enfermedades cardiovasculares, diabetes o cáncer de colon. De nuevo, mataremos a miles de animales estudiando esas enfermedades. Pero cada vez que una persona defiende que hay que experimentar con animales para curar esas enfermedades, y luego no hace ningún esfuerzo para cuidar de su salud, está actuando de manera hipócrita. Si nuestra salud es tan importante que justifica el sacrificio de millones de mamíferos sensibles e inteligentes, entonces, nosotros deberíamos tomarnos nuestra salud en serio. Lo que carece de sentido es continuar fumando, consumiendo grandes cantidades de carne, y llevando una vida que conduce hacia un cáncer o un infarto. Lo que intento explicar con estos ejemplos es que nuestra sociedad, que tanto valora la salud, tiene una concepción de la salud torcida y turbia, porque no queremos entender que la salud se juega en la forma de vida, en la dieta, en la prevención. Si la salud es un fin tan importante, trabajemos por ciudades más limpias, con menos contaminación, con menos productos químicos, trabajemos por comida más sana, de producción ecológica, sin pesticidas. Trabajemos por educar en la salud desde la infancia. Eso es lo que estaríamos haciendo si de verdad nuestra salud nos importara tanto.

Permítanme un último ejemplo en la misma línea. Mucha investigación médica se ocupa actualmente de las enfermedades neurodegenerativas que sufren personas de edad avanzada. Yo misma tengo un familiar que padece alzheimer. De nuevo, defendemos que curar esas enfermedades es un fin noble, urgente, que legitima todos los sacrificios, y por tanto se tortura y mata a miles de mamíferos. Pero al mismo tiempo, vivimos en una sociedad en que familias humildes sin recursos no reciben apenas ayuda alguna para atender a sus abuelos gravemente enfermos. Si luchar contra las enfermedades neurodegenerativas es tan importante que torturamos a miles de animales, ¿por qué luego no somos capaces de tejer un sistema de ayudas sociales que haga la vida un poco más fácil a esas personas y sus familias?

Podría seguir con otros muchos casos similares: el exceso de fármacos antidepresivos que se recetan y consumen; el hecho de que se investiguen más las enfermedades propias de los países ricos que de los países pobres; las luchas por las patentes de los medicamentos, que dejan sin posibilidad de acceso a las personas con menos recursos... y acabar sugiriendo que, quizás, lo que guía la investigación médica no es precisamente el noble ideal de la salud, sino los intereses económicos de una serie de empresas e instituciones. Me temo que la inmensa mayoría de los animales que padecen y mueren en los laboratorios de investigación médica, no son sacrificados al

dios de la salud, sino al dios del dinero.¹³ Si he ofrecido tantos ejemplos que apuntan todos en la misma dirección es porque creo, firmemente, que necesitamos repensar nuestra concepción de la salud, el papel de la sanidad pública, de la profesión médica, de la profesión veterinaria, de la industria farmacéutica, de multitud de empresas, del Estado y de todos nosotros.

Antes de poner fin a este retrato de nuestra relación con los animales, debo mencionar esas otras cuestiones que ya no se refieren tanto a la preocupación por el sufrimiento de animales individuales, sino a una visión más global de nuestra relación con las otras especies. Según la IUCN, nuestra forma de vida ha puesto a más de 20.000 especies de animales y plantas en peligro de extinción. A la destrucción progresiva de los ecosistemas donde habitan las especies salvajes se suman la caza deportiva, la caza furtiva, el comercio ilegal de cuernos de rinoceronte, de marfil, de manos de gorila para hacer ceniceros, de crías de primate como mascotas, la pesca con redes de arrastre que destrazan los fondos marinos, y tantos otros negocios terroríficos. Y allí donde no llegan nuestras guerras, los cazadores o las autopistas, en esos rincones muy alejados de la civilización donde pensamos que los animales todavía pueden vivir en paz, allí llegan otros productos nuestros, como la contaminación. El cortometraje del artista Chris Jordan *Midway* es una impresionante síntesis de la catástrofe que estamos provocando. En tan solo 4 minutos nos muestra como hemos convertido el paraíso en el infierno.¹⁴ Por si todo esto fuera poco, también estamos provocando un cambio climático que podría conducir a muchas más especies a la extinción.

3

¿Podemos todavía tener esperanzas? ¿Seremos capaces de crear una sociedad en que humanos y animales vivan libres de injusticias? ¿Cuál sería el camino? ¿Deberíamos volver atrás, como sostienen algunos, y renunciar a la agricultura, a la domesticación y a la propiedad, para reintegrarnos de nuevo en la naturaleza salvaje? ¿Deberíamos intentar recuperar el paraíso perdido? ¿O es posible que en nuestra forma de vida actual se hallen algunos elementos que nos permitirían construir una sociedad sin violencia ni explotación? ¿Podría el verdadero paraíso ser una opción de futuro?

En el apartado anterior he realizado un retrato de cómo nuestra sociedad se construye sobre la explotación de las otras especies animales, pero en medio de este sistema bárbaro y cruel, existen también otros comportamientos. Algunas personas establecen con animales de diversas especies relaciones de convivencia y amistad,

¹³ Recomiendo especialmente la investigación sobre la industria farmacéutica que desde hace años lleva realizando el filósofo Thomas Pogge, en artículos como este: “Medicamentos para el mundo: impulsar la innovación sin obstaculizar el libre acceso”, en *Sur. Revista Internacional de Derechos Humanos*, num 8:

<http://www.surjournal.org/esp/conteudos/getArtigo8.php?artigo=8%2Cartigo_pogge.htm>
¹⁴ <<http://www.midwayfilm.com/>>

basadas en el respeto, y libres de cualquier forma de explotación y violencia. Hay cada vez más personas que conviven en sus hogares con perros y gatos, que tratan de comprender sus necesidades y de comunicarse con ellos lo mejor posible, que los atienden cuando enferman, y los ven como un miembro más de su familia. Con ellos intercambian cariño y juegos, y a veces puede hablarse realmente de un proyecto de vida en común.¹⁵ Cada pequeña historia de amistad con un perro, un gato, un caballo o cualquier otro animal, que se base en el respeto, el intento de comprender y cuidar, es una promesa de que otra forma de vida es posible. Algunas personas rescatan gallinas, vacas o cerdos que habían sido explotados por la industria, y les regalan los cuidados y el afecto que nunca habían conocido. Otros rescatan perros abandonados, burros maltratados, aves que han sufrido un disparo, tortugas que se han enredado en redes de pesca, y les dan tratamiento veterinario. Cada vez hay más organizaciones que trabajan contra cualquier forma de explotación de los animales, que denuncian negocios crueles, que socorren a sus víctimas. Hay organizaciones en África trabajando contra la caza ilegal, o rescatando crías de primate huérfanas para reintroducirlas de nuevo en su hábitat. Hay grupos que protestan contra las corridas de toros, que denuncian a personas que maltratan a su perro o su gato, que defienden que es posible vestirse y calzarse sin usar pieles, que reclaman cambios en la legislación. Hay mucha gente creando proyectos de convivencia. Y eso es algo profundamente esperanzador, algo que nuestros antepasados cazadores-recolectores no podrían haberse permitido en el mundo tan peligroso en que vivían, y que en nuestra sociedad sí es factible. Y aquí, los veterinarios tienen un papel muy especial. Que exista la profesión veterinaria, que existan personas que se dediquen a atender a animales de otras especies, es la promesa de que el ser humano no solo es capaz de dominar y explotar, sino también de cuidar. Eso es lo mejor que hay en nosotros.

¿Cómo es posible que existan esas relaciones pacíficas, de amistad, con miembros de otras especies? ¿En qué se basan? ¿Cómo podemos estudiarlas para entender de dónde surgen, y aprender a fomentarlas? ¿Son meros casos aislados o responden a factores estructurales de nuestra sociedad? ¿Son cosas que simplemente suceden o son la semilla de un futuro más justo? ¿Es posible que una pequeña gran revolución esté teniendo lugar ahora mismo en nuestra sociedad?

Creo que podemos encontrar un marco teórico desde el cual intentar explicar lo que está sucediendo en el último libro del psicólogo de Harvard Steven Pinker: *The Better Angels of Our Nature*.¹⁶ El libro de Pinker es un estudio sobre la violencia, sobre

¹⁵ Aunque no creo que sea un ejemplo a imitar, véase la sugerente historia de amistad entre Mark Rowlands, un profesor de filosofía, y un lobo al que crió en su casa: Mark Rowlands (2009). *The Philosopher and the Wolf: Lessons from the Wild on Love, Death and Happiness*. New York: Pegasus Books.

¹⁶ Steven Pinker (2011). *The Better Angels of Our Nature. A History of Violence and Humanity*. London: Penguin Books.

qué elementos de nuestra naturaleza nos conducen a ser agresivos, y con qué factores de nuestra propia naturaleza y con qué instrumentos culturales podemos intentar disminuir esa violencia. Pero su estudio lanza además una tesis: que la humanidad está inmersa en un proceso de progreso moral, que estamos aprendiendo a gestionar la violencia, y que nuestra sociedad es la más pacífica que ha existido nunca.

Las noticias diarias de guerras y conflictos dan la impresión contraria, pero, según Pinker, eso se debe a que, con un aumento tan desmesurado de la población, cualquier conflicto provoca enseguida muchos muertos, mientras que si estudiamos los índices de muerte violenta de manera proporcional a la población, comprobaremos que nuestra época es más pacífica que cualquiera de las anteriores. A lo largo de más de mil páginas, Pinker trata de demostrar su tesis, y de razonarla desgranando los diversos mecanismos que nos ayudan a controlar la violencia.

Pinker explica que ese proceso de progreso moral hacia sociedades más pacíficas se basa en el uso de una serie de instrumentos culturales, como son el Estado, la legislación, los derechos humanos, la educación, el comercio o el cosmopolitismo. Y en medio de ese relato, Pinker dedica un capítulo a explicar que el movimiento animalista es el producto de una sociedad ya bastante pacificada que quiere seguir avanzando en la reducción de la violencia. Una sociedad que se plantea cómo reducir la violencia entre humanos, acaba desembocando más temprano o más tarde en la cuestión de los animales. El pacifismo lleva hacia el animalismo. Y el animalismo fomenta el pacifismo. Pinker afirma, como ya lo hicieron Darwin y Singer, que una sociedad que comienza a superar el racismo, el machismo, el maltrato a los niños o la homofobia, siente también la necesidad de poner fin al especismo. Es lo que se denomina el avance del círculo moral.

Pinker sintetiza a grandes rasgos la historia del movimiento animalista como un ejemplo claro de progreso moral. Comenta, incluso, la prohibición de las corridas de toros en Cataluña en 2010.¹⁷ Y subraya, como siempre lo hacen los animalistas, que este movimiento tiene una característica que lo diferencia de aquellos que lucharon contra el racismo o el machismo: que no es un movimiento organizado por las víctimas, sino por personas que deciden defender a esas víctimas que no pueden defenderse solas, y que ni tan solo pueden agradecer que alguien asuma su causa. Hay, por tanto, un plus de altruismo y de generosidad en ese movimiento.

Sin embargo, Pinker también explica que este avance hacia sociedades menos violentas, además de estar motivado por nuestras ideas y una serie de instrumentos culturales, podría estar siendo impulsado por un factor muy distinto, por algo que me gustaría comentar aquí, a pesar de que se trata de un tema todavía poco estudiado. Sé

¹⁷ Steven Pinker, op. cit., p. 561.

que abordar esta cuestión implica abandonar el territorio de la ética para saltar a la biología, y que es un asunto difícil y complejo, pero no quiero dejar de mencionarlo.

Richard Wrangham y Brian Hare¹⁸ son pioneros en defender una tesis que están apoyando diversos expertos en evolución: la tesis de que los humanos nos estamos pacificando en un proceso que denominan “autodomesticación”. Según estos autores, no es solo que esté teniendo lugar un proceso de tipo cultural en el que vamos avanzando hacia sociedades más pacíficas, sino que también estaría teniendo lugar un proceso biológico, en que la selección natural favorecería las conductas menos violentas. El resultado de esta autodomesticación no solo sería visible en nuestra conducta más tranquila, paciente y tolerante que la de nuestros antepasados, sino también en nuestra morfología, que estaría cambiando de un modo similar a como cambia cualquier otro animal cuando se lo domestica. Esa transformación consiste básicamente en lo que se denomina *neotenia*, es decir, en retrasar la aparición de los rasgos adultos y retener durante más tiempo un aspecto más juvenil. Igualmente, disminuiría el dimorfismo sexual.

Ese proceso de autodomesticación, de algún modo, discurriría en paralelo a los procesos de domesticación de la naturaleza, y de hecho Pinker defiende la agricultura como un avance hacia sociedades más pacíficas, contrariamente al mito del buen salvaje. Según su teoría, la agricultura conduce al sedentarismo, la creación de ciudades, la aparición de gobiernos estables, leyes, el comercio y la educación, y todos estos elementos favorecerían comportamientos menos agresivos. Es decir que, según estos autores, la clave para relaciones de convivencia pacíficas no está en regresar a formas de vida salvajes, sino en profundizar en una forma de vida basada en la domesticación de la naturaleza y en la autodomesticación. Esta idea resulta realmente novedosa, porque los animalistas hemos tendido a pensar que la domesticación de los animales iba indisolublemente ligada al dominio y la explotación, y lo que ahora se está sugiriendo, es que podría no ser así. Domesticación y autodomesticación son procesos muy complejos, que no tienen por qué ir vinculados al dominio y al maltrato.

Me resulta especialmente interesante el modo como Brian Hare vincula la autodomesticación humana con la autodomesticación de los perros. La versión tradicional de cómo surgieron los perros a partir de los lobos, construida y popularizada entre otros por Konrad Lorenz, fue que los humanos cazadores-recolectores habían seleccionado más o menos conscientemente a los lobos más dóciles y comunicativos para integrarlos en sus comunidades. Pero la tesis de Hare, que se apoya en otros estudios, es distinta: los lobos se habrían autodomesticado a sí mismos, primero para acercarse a los restos de comida que encontraban en los alrededores de asentamientos

¹⁸ Brian Hare & Vanessa Woods (2013). *The Genius of Dogs*. London: Oneworld. (Aunque el título parece anunciar un libro sobre perros, la primera parte es el relato de cómo Hare y Wrangham trabajaron en la idea de “autodomesticación”.)

humanos, y luego ya para convivir con ellos. Según Hare, no fue selección humana, sino selección natural, lo que favoreció la aparición de lobos cada vez menos agresivos, más dóciles, juguetones y pacíficos. La otra mitad de la historia, es que si comparamos a un perro con un lobo, y luego comparamos a un humano actual con uno de nuestros antepasados cazadores-recolectores, o con un Homo Erectus, veremos que los cambios son similares. Menor agresividad, menor dimorfismo sexual, una conducta más lúdica y un aspecto juvenil durante más tiempo. Nosotros somos a nuestros antepasados homínidos lo que los perros son respecto a los lobos. Ambos somos el producto de una selección natural que ha favorecido conductas más pacíficas. Y no seríamos las únicas especies autodomesticadas. Según Hare, también lo son los bonobos, el primate menos agresivo que existe, y cuyo “pacifismo” parecía un misterio hasta que se propuso esta tesis. Hare afirma que, en ciertas condiciones, la selección natural selecciona contra la agresividad, lo que conlleva cambios morfológicos y también un aumento de las capacidades cognitivas y comunicativas.

Lo que me resulta más fascinante aún es que, según Hare, cuando se produce esa autodomesticación, la convivencia entre especies se facilita. Es decir, humanos autodomesticados y perros autodomesticados son capaces de convivir amigablemente de un modo muy difícil para lobos y humanos salvajes. Aunque la evidencia que aporta es todavía escasa, Hare sugiere que los bonobos son capaces de jugar con animales de otras especies de un modo que para los chimpancés es muy difícil. Y a la inversa, la convivencia entre especies también favorece a su vez la autodomesticación, porque convivir con un ser diferente exige un mayor grado de tolerancia y un esfuerzo por entender el comportamiento del otro y adaptarse a él. La cuestión es que perros y humanos nos hemos enseñado mutuamente a lo largo de milenios a ser más calmados, comunicativos, juguetones y afectuosos. Aun hoy, la presencia de un perro tiene la capacidad de serenar una discusión que estaba subiendo de tono. En medio de un enfado familiar, la aparición de un perro con ganas de jugar nos arranca una sonrisa. Para hacer amigos en un vecindario nuevo, no hay mejor sistema que sacar a pasear al perro. Es decir, los perros nos pacifican.

¿Es esta una historia que solo implica a humanos, perros y bonobos? Creo que habría que añadir también a los gatos. Y según Hare, podría implicar a muchas más especies. Hare explica que los animales que se acercan a nuestras ciudades en busca de comida y refugio, como pueden ser ardillas, zorros, coyotes, linceos o ciervos, podrían estar inmersos en un proceso de autodomesticación similar al que llevó a algunos lobos a convertirse en perros. Y cada vez que algunos humanos les ofrecen comida o cuidados, esa proceso se fortalece. Es un fenómeno que los expertos llevan tiempo describiendo, y que se produce claramente en algunos parques urbanos. En el parque de St James, en el centro de Londres, ardillas y pelícanos piden claramente comida a los visitantes. Creo que es eso mismo lo que está sucediendo con los jabalíes del parque de

Collserola, cuya interesante conducta encuentra una respuesta tan desmesuradamente histórica por parte de las autoridades locales. Me pregunto si el mismo fenómeno se está produciendo con diversos tipos de aves. Son conductas que se dan, incluso, en parques nacionales, donde algunos animales salvajes, desde osos a leones, podrían estar modificando sus pautas de comportamiento: dedican menos tiempo a cazar, y más a acercarse a los turistas. El fenómeno es fascinante. Los turistas que van a ver naturaleza salvaje van cada vez menos a cazar, y cada vez más a contemplar y fotografiar animales. Los animales, que comprenden que los turistas les dan comida, optan a veces por cazar menos y acercarse más a los humanos. En ambos casos disminuye la agresividad.

Soy bien consciente de que todo esto que acabo de resumir es muy discutible y muy polémico. En primer lugar, la tesis de Pinker de que exista progreso moral y nos estemos pacificando es ahora mismo objeto de un debate durísimo. En segundo lugar, también es discutible la tesis de Hare y Wrangham de la autodomesticación humana o de otras especies; no hay un consenso general de que realmente se esté produciendo. En tercer lugar, entre quienes creen que la autodomesticación se está produciendo, no todos lo ven como un avance; algunos etólogos y expertos en gestión de fauna juzgan la autodomesticación de animales salvajes como un problema. Y en cuarto lugar, si más adelante pudiéramos confirmar que la tesis de Hare y Wrangham es correcta, todavía sería necesario analizar qué relación existe entre la autodomesticación y la libertad humana, es decir, en qué medida somos pacientes o agentes en ese proceso. Son muchas cuestiones y son complejas. Sé que los debates en que la ética se cruza con la biología son pantanosos, y que es necesaria una especial prudencia y lucidez.

Pero mientras esos estudios avanzan, otros autores están insistiendo por otras vías en la idea de que podemos crear una sociedad menos cruel con los animales. Will Kymlicka, uno de los mejores filósofos contemporáneos especialistas en pensamiento político y multiculturalidad, con una carrera brillante a sus espaldas, asombró a la comunidad académica cuando publicó junto con su mujer Sue Donaldson un libro con el título de *Zoopolis. A Political Theory of Animal Rights*.¹⁹ En un arriesgado salto de la ética a la política, Kymlicka y Donaldson proponían un modelo de sociedad donde humanos y otros animales pudieran convivir sin violencia. Aunque este no es el lugar de resumirlo, sí que quiero recomendar su lectura.²⁰ Kymlicka y Donaldson describen una sociedad posible, a la vez muy similar y muy diferente de la nuestra, que ha renunciado a la explotación de los animales. Mientras que los animales salvajes viven libres en sus

¹⁹ Sue Donaldson & Will Kymlicka (2011). *Zoopolis. A Political Theory of Animal Rights*. Oxford: Oxford University Press.

²⁰ Marta Tafalla (2012). “Reseña de: *Zoopolis. A Political Theory of Animal Rights*, de Sue Donaldson & Will Kymlicka”. En: *Diánoia*, México, vol. LVII, num. 69, pp 231-237. <<http://dianoia.filosoficas.unam.mx/index.php/contenido/n-meros-anteriores/69/sue-donaldson-y-will-kymlicka-zoopolis-a-political-theory-of-animal-rights/>>

ecosistemas sin intervención humana, los animales domésticos, protegidos finalmente de la explotación, conviven en relaciones de compañía con los humanos. Es, para mí, un modelo a perseguir.

Kymlicka es en quien pienso cuando soy optimista. Cuando soy pesimista recuerdo las novelas de la maravillosa escritora, Premio Príncipe de Asturias, Margaret Atwood: *Oryx and Crake* y *The Year of the Flood*.²¹ En ellas describe la catástrofe en la que podría desembocar nuestra sociedad si no hacemos nada por impedirlo. Sin embargo, incluso en esa descripción cruda de una sociedad terrorífica, nos ofrece Atwood un poco de consuelo. Sus héroes son los *God's Gardeners*, un grupo de activistas resistentes al sistema, que han cautivado a millones de lectores en el mundo anglosajón. Lo curioso de los *God's Gardeners*, lo que los hace tan atractivos, es que son al mismo tiempo animalistas y ecologistas (algo tan difícil en la realidad), y a la vez, intentan conciliar lo mejor de la ciencia y de la religión. Su movimiento tan integrador los hace especialmente amables, y en Canadá ya hay quien celebra ceremonias imitando las que se describen en las novelas.

Sí, necesitamos algo así como los *God's Gardeners*. Necesitamos al movimiento animalista y al movimiento ecologista unidos en una corriente lo más integradora posible. Pero lo que necesitamos encarecidamente es a veterinarios dispuestos a asumir un papel decisivo en esta historia. De los veterinarios depende, en gran medida, que nos encaminemos hacia una sociedad más justa y amable con los animales. Muchos han asumido una función irremplazable en ese proceso de cambio. Hay veterinarios colaborando con protectoras en la atención a animales maltratados y abandonados, buscando alternativas a la experimentación con animales, y organizándose contra la tauromaquia, tal como hace la *Asociación de Veterinarios Abolicionistas de la Tauromaquia* (AVAT).²² Hay profesores de veterinaria que enseñan a sus alumnos cuestiones de ética y bienestar animal. Hay muchos veterinarios trabajando con pasión e inteligencia para ser parte del cambio, y los animalistas se lo agradecemos de corazón, porque sabemos que sin ellos es imposible. Quizás lo único que todavía nos falta es que ese compromiso sea más visible, que se organice de forma más pública, de modo que la sociedad sea consciente de él. Sueño con un lobby de veterinarios defendiendo el fin de las corridas de toros, los correbous, los circos con animales y tantas otras barbaridades. De los veterinarios depende que la Ilustración le gane la batalla a la barbarie, o que nos hundamos para siempre como el *Pequod*, el desgraciado barco que el capitán Ahab condujo, en pos de la ballena blanca, hacia el naufragio.

²¹ Margaret Atwood (2003). *Oryx and Crake*. London: Bloomsbury.
Margaret Atwood (2009). *The Year of the Flood*. London: Bloomsbury.

²² <<http://www.avat.org.es/>>